

John Locke, un escéptico *malgré lui*

Vicente Raga Rosaleny

Universidad de Antioquia, Instituto de Filosofía.

vicente.raga@udea.edu.co

Resumen John Locke ha sido considerado un pensador anti-escéptico. Sin embargo, cuando se trata de abordar un problema clásico del escepticismo como el de la existencia y naturaleza del mundo externo, ni siquiera las lecturas contemporáneas del *Ensayo* resultan plenamente satisfactorias. Ante estas dificultades suele entenderse que el pensador inglés optó por una solución práctica frente a la amenaza escéptica, pero si atendemos a las posibles influencias de Locke, como Gassendi, puede dibujarse otro panorama. El rechazo de todo dogmatismo y la tranquila aceptación de las apariencias son rasgos propios de un escepticismo al que John Locke se habría sumado, pese a sus declaraciones en sentido contrario.

Palabras clave conocimiento, empirismo, escepticismo, Gassendi, sensitivo

John Locke, a skeptical *malgré lui*

Abstract John Locke has been considered an anti-skeptical thinker. However, when it comes to tackle a classic problem of skepticism as the existence and nature of the external world, not even contemporary readings of the *Essay* are fully satisfactory. In front of these difficulties, it is usually understood that the English thinker opted for a practical solution to the skeptical threat, but if we look at the possible influences of Locke, as Gassendi, another picture can be drawn. The rejection of dogmatism and the quiet acceptance of appearances are characteristics of a skepticism that John Locke would have joined, despite his declarations to the contrary.

Keywords Knowledge, Empiricism, Skepticism, Gassendi, Sensitive

John Locke: un sceptique *malgré lui*

Résumé John Locke a été considéré comme un penseur anti-sceptique. Cependant, lorsqu'il est question d'examiner un problème classique du scepticisme –l'existence et la nature du monde extérieur–, même les lectures contemporaines des *Essais* ne sont pas pleinement satisfaisantes. Face à ces difficultés est généralement entendu que le penseur anglais a opté pour une solution pratique face à la menace sceptique, mais si l'on regarde les influences possibles de Locke, comme Gassendi, on pourrait dessiner une autre image. Le rejet du dogmatisme et l'acceptation calme des apparences sont des caractéristiques typiques d'un scepticisme que John Locke aurait rejoint, en dépit de ses protestations.

Mots-clés connaissance, empirisme, scepticisme, Gassendi, sensitif

Decir que conocemos nuestro entorno resulta una obviedad. Sin embargo, esta asunción pre-teórica ha sido ampliamente criticada cuando de fundamentarla teóricamente se trata. La pregunta por las bases racionales de nuestro conocimiento de la naturaleza del mundo externo es una de las primeras que se suscitan al abordar actitudes escépticas. Esta clase de escepticismo pone en cuestión que podamos conocer algo sobre la existencia y estructura de lo que nos rodea, aunque concede que captamos el modo en que nos aparecen las cosas.

Esto es, el problema básico que plantea cualquier proposición que pretenda aseverar conocimiento acerca del mundo es que contiene afirmaciones que van más allá de los meros informes empíricos de lo que nos parece ser el caso. Las aseveraciones trans-empíricas sobre la estructura y naturaleza del mundo son dudosas para el escéptico y por ello éste invita a la suspensión del juicio, proponiendo en su lugar aceptar las apariencias del mundo externo tal y como se nos presentan¹.

La dificultad es, pues, teórica y no esencialmente práctica o existencial, dado que podemos actuar independientemente de cómo sea el mundo en sí mismo, pero necesitamos interrogarnos sobre nuestras asunciones y su posible justificación racional. Si nuestras creencias acerca del mundo externo se basan, al menos parcialmente, en

cómo nos parecen las cosas, y asumimos que las apariencias son una buena guía para conocer el modo en que el mundo es realmente, el cuestionamiento escéptico bloquea el paso de la creencia al conocimiento, quitándole toda fuerza a nuestro punto de vista pre-teórico.

John Locke, tradicionalmente considerado como uno de los padres del empirismo moderno, se enfrentó a este problema en su bien conocido *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Sin embargo, en primera instancia parecería poco adecuado dirigirse a Locke para tratar de encontrar una respuesta satisfactoria a dicha cuestión. Después de todo, el proyecto lockeano es de entrada globalmente anti-escéptico². En concreto, asume el pensador una confianza tal en nuestras facultades, tanto por lo que respecta al conocimiento de la existencia del mundo externo como en general: “poseemos un conocimiento de nuestra propia existencia, por intuición; de la existencia de Dios, por demostración; y de las demás cosas, por sensación” (IV.9.2), que no queda espacio para la duda escéptica.

De hecho, para Locke, en relación con el mundo externo: “Esa es una certidumbre como la mayor de que sea capaz la naturaleza humana, respecto de la existencia de cualquier cosa, salvo sólo la que el hombre tiene de la suya propia y de la de Dios” (IV.11.2). Y por ello ridiculiza en diversos lugares el escepticismo que concita nuestra atención en este artículo, así como sus argumentos.

Pero lo que vuelve interesante al pensador inglés en relación con este problema es que en el *Ensayo sobre el conocimiento humano* adopta una teoría representacional o indirecta de la percepción³, y a esto une su definición oficial del conocimiento, que limita éste al dominio de las ideas dependientes de la mente. El resultado de todo ello es un debilitamiento intolerable tanto de la confianza depositada en las facultades humanas, como de su desdeñosa posición anti-escéptica.

Si el contacto con el mundo siempre es indirecto, con una relación inferencial entre el supuesto objeto externo y la idea, que acaba siendo lo único que percibimos y a cuyo conocimiento nos limitamos, ¿cómo dejar de lado sin más los argumentos escépticos en contra del conocimiento de la naturaleza del mundo que nos rodea? Responder a esta pregunta nos permitirá ahondar en las posiciones epistemológicas de Locke e iluminará algunos aspectos del problema del escepticismo sobre el mundo externo.

Locke y el conocimiento sensitivo

De acuerdo con Locke, el saber acerca del mundo externo es de una “existencia real”, de algo que existe y no de un mero producto de nuestra imaginación. Frente al conocimiento intuitivo, que es inmediato e indubitable, o el demostrativo, que requiere de prueba, el del mundo externo se da por la entrada de ideas en nuestra mente mediadas por los sentidos.

Sin embargo, una de las cosas más desconcertantes y enigmáticas de la exposición del entendimiento humano y sus límites en Locke reside precisamente en la aparente incompatibilidad de dicha descripción de los grados de conocimiento con su propia definición general. Y es que Locke resulta explícito al respecto: “Me parece, pues, que el conocimiento no es sino la percepción de la conexión y acuerdo, o del desacuerdo y la repugnancia entre cualesquiera de nuestras ideas” (IV.1.2).

Y si el conocimiento se plantea así, pese a que la génesis de las ideas sea empírica, sin duda podemos preguntarnos: ¿cabe hablar de un acuerdo entre ideas como criterio de conocimiento cuando se trata de captar lo que está más allá de ellas? O dicho de otra manera, ¿cómo puede ser el conocimiento sensitivo un saber acerca de las cosas realmente existentes en el mundo externo si no pasamos de la conexión entre ideas de nuestra mente?

Una forma de aliviar la tensión y de reducir la incompatibilidad que vuelve imposible el conocimiento sensitivo, u obliga a abandonar la definición general de conocimiento asumida por Locke, sería entender este último como la percepción de un acuerdo entre la idea de la cosa concreta y la idea de existencia real. El problema es que esto implicaría que el conocimiento no tuviese relevancia a la hora de saber sobre las cosas reales. Así, la definición de Locke convertiría todo nuestro conocimiento en un asunto *a priori*, pero el saber acerca del mundo externo no puede serlo: lo que existe de manera contingente en el mundo no se conoce mediante una simple reflexión sobre el contenido de nuestra mente y sus conexiones.

Hemos de hacer una precisión más y es que para Locke el conocimiento es siempre estrictamente cierto, aunque haya grados de certeza. Pero, en la medida en que los objetos de conocimiento son pro-

posiciones verdaderas, constituidas por acuerdos entre ideas, no cabe la creencia u opinión en su ámbito, quedando lo meramente probable relegado al campo del juicio.

De hecho, la exigencia lockeana de que el acuerdo de ideas sea percibido señala un contraste claro entre conocimiento y juicio. Tan sólo el primero lleva a que la mente perciba una proposición como verdadera, al captar la relación entre ideas que le subyace, mientras que la segunda puede, como mucho, presumir dicho acuerdo, esto es, establecer su probabilidad. Pero al plantearlo así las dificultades aumentan, dado que esta manera de ver las cosas, propia de una tradición firmemente establecida todavía en la época Locke que identificaba el conocimiento con lo cierto (Wolterstorff, 1996, p. 44 y ss), refuerza el carácter apriorístico del conocimiento. De un lado queda la génesis de las ideas, siempre experiencial, y de otro su aprehensión, nunca contingente.

Más aún, como diversos comentaristas han señalado, dicha concepción general del conocimiento no sólo cuestionaría el sensitivo, sino que ligada a su comprensión representacional de la percepción convertiría las ideas en barreras mediadoras entre la mente y lo real. Si el planteamiento de Locke empezó siendo hondamente anti-escéptico, su propuesta terminaría en lo que se ha denominado “la doctrina del velo de la percepción”, cayendo así en manos del escepticismo más radical⁴.

En este sentido, diversos autores, ya en tiempos de Locke, como por ejemplo el obispo Stillingfleet, criticaron su epistemología señalando que su definición general hacía del conocimiento del mundo externo, incluso por lo que respecta a su misma existencia, algo imposible de articular. Todavía hoy es posible encontrar quienes apoyen esta lectura poco caritativa del *Ensayo*, aunque en este caso suelen recurrir a explicaciones contextuales para explicar su fracaso: en el período histórico en el que Locke desarrolló su epistemología quedó atrapado entre la expansión del mecanicismo de la Nueva Ciencia y el viejo paradigma escolástico, con su énfasis en el carácter demostrativo y cierto del saber.

Sin embargo, hay otra forma de abordar el problema, que pasa por tratar de encontrarle una solución satisfactoria en los términos de la propuesta del mismo Locke. Y así, frente a las graves equivocaciones

que se le imputan, muchos han supuesto que no pudo haber cometido errores de tal calibre sin reparar en ellos. En ese sentido, cabe realizar un recorrido no exhaustivo por algunos de los más recientes intentos de solución al problema de la coherencia de la definición de conocimiento lockeana y, por esa misma vía, a su posible respuesta al problema de la existencia y naturaleza del mundo externo.

Así, una primera aproximación es la que lleva a cabo Lex Newman (2004), quien propone que el conocimiento sensitivo de Locke no sólo es compatible con su definición general, sino también con la teoría representacional de la percepción, sin incurrir en un indeseable escepticismo como el de la “doctrina del velo”.

De acuerdo con Newman, el conocimiento sensitivo tendría un estatuto dual. Por una parte, se percibe el acuerdo entre una idea de sensación y una idea de existencia real y, por otra, presumimos un acuerdo entre esa misma idea de sensación y su probable causa externa. En el primer tipo de relación estaríamos ante un conocimiento *per se*, adecuado a la definición general de Locke; en el segundo ante un juicio, lo que da cuenta del carácter real o sensitivo del conocimiento, sin salirse de los parámetros de las definiciones establecidas en el *Ensayo* (Newman, 2007, p. 325).

El conocimiento sensitivo involucraría, pues, una relación cognitiva doble, funcionando las ideas a la vez como términos de un vínculo percibido por la mente y como lazos verídicos con el mundo externo (aunque estos últimos tan sólo probables). Eso haría del conocimiento sensible, entendido en el marco de una teoría representacional de la percepción, un saber de “existencias reales”. Aún más, esto explicaría por qué en IV.11 Locke recurre a una serie de pruebas probabilísticas en apoyo del conocimiento sensitivo (con la referencia al placer y al dolor, o a la interacción de los sentidos), lo que resultaría extraño de no estar implicado también el juicio.

El problema de esta propuesta reside, sin embargo, en que a pesar de sus aparentes virtudes explicativas, no se encuentra justificada teóricamente, ni lo bastante anclada en los textos. Por un lado, como el propio Newman reconoce, y Locke establece desde un principio en el *Ensayo*, las categorías de conocimiento, ligado a la certeza, y de juicio, vinculado a la probabilidad, son mutuamente excluyentes. De hecho, el proyecto lockeano parte de un intento de establecer con

claridad la diferencia entre conocimiento y juicio, con lo que concebir el conocimiento sensitivo como una suerte de combinación entre dos actos mentales opuestos con objetos distintos resulta cuestionable.

Por otro, se desprende de los mismos textos de Locke que éste no concebía el juicio como un acuerdo presumido entre una idea y su causa externa, sino entre dos ideas, igual que en el caso del conocimiento (con la diferencia de que en éste el acuerdo se percibe). En ese sentido, el intento de vincular una idea con un objeto extra-mental llevada a cabo por Newman se enfrenta a los términos establecidos por el propio Locke y su plausibilidad como solución al problema del conocimiento sensitivo queda en entredicho.

Ante estas dificultades algunas propuestas más recientes han intentado respetar el espíritu de la teoría del conocimiento de Locke pero no tanto su letra. De entre ellas, podemos destacar la interpretación de Nagel (2016) que trata de mostrar que el conocimiento sensitivo es compatible con la definición general de conocimiento del *Ensayo* y que puede entenderse como una respuesta al escéptico radical, siempre que vayamos un poco más allá de lo que el propio Locke nos dice. En concreto, lo que la autora propone es tomar un concepto de la psicología contemporánea, el monitoreo de fuentes, mediante el que nuestro sistema cognitivo capta el origen de un pensamiento determinado, y aplicarlo a la epistemología lockeana (Nagel, 2016, p. 301).

El punto clave de la interpretación de Nagel se apoya en el hecho de que siempre somos conscientes de las operaciones de nuestra mente y nuestras ideas incluyen una reflexión sobre el origen de las mismas, bien sea la sensación, bien el recuerdo o la imaginación. La diferencia entre esos tipos de idea la captaría el sujeto necesariamente y, de acuerdo con esta lectura, para Locke en eso consistiría el error del escéptico, que no cae en cuenta de que somos conscientes no sólo de las cualidades sensibles de los objetos externos presentes en nuestras ideas, sino también del modo en que se nos presentan⁵.

Ciertamente nuestro monitoreo de fuentes no es infalible y el error perceptivo ocasional puede darse. Así, el conocimiento sensitivo se queda corto ante la exigencia de certeza que Locke esgrime en el *Ensayo*, pero esto también puede entenderse como una manifestación de la modestia de las metas lockeanas: el objetivo de su presentación es mostrar, al menos inicialmente, que las dudas escépticas no nos

afectan en la práctica. El acuerdo entre la idea reflexiva de sensación (diferente de la idea del recuerdo o de la imaginación) y la idea de existencia no garantiza el mismo tipo de certeza que el conocimiento intuitivo, pero sí la suficiente para aseverar conocimiento sensitivo en condiciones normales.

De cualquier manera, y aunque la propuesta de Nagel resulta muy plausible, existen objeciones relevantes que ponen en cuestión que logre dar cuenta del problema del escepticismo del mundo externo. Una primera dificultad, que la propia autora reconoce, es la de la integración: no resulta claro cómo explicar desde la perspectiva de Nagel una situación en la que estoy teniendo una sensación de, por ejemplo, una rosa, mientras recuerdo, digamos, un narciso (o la misma rosa vista también ayer).

Otra, más grave, tiene que ver con el hecho de que no es evidente cómo la reflexividad de nuestras ideas puede evitar el error global del escenario escéptico del sueño o del genio maligno. Decir que el monitoreo de fuentes funciona en condiciones normales es presuponer ya un conocimiento de la normalidad de la situación y obliga, por su mismo carácter reflexivo, a introducir exigencias epistémicas de segundo orden: tendríamos así no sólo que tener ideas de sensación y conectarlas adecuadamente con ideas de existencia, sino también saber tanto que nuestra reflexión es correcta como que esas ideas están bien conectadas. Es obvio que ese tipo de exigencias nos arrastra a un regreso infinito que desemboca en el escepticismo que pretendíamos resolver y, además, que tal descripción del conocimiento sensitivo se aleja mucho del carácter inmediato con que Locke caracteriza la captación de una “existencia real” (IV. 3.5; IV.9.1-2).

Así pues, si pretendemos ir más allá de las apariencias y encontrar respuestas acerca de la estructura y naturaleza del mundo externo, ninguna de las propuestas de solución planteadas es plenamente adecuada. Claro, que precisamente lo interesante de la propuesta de Locke es el sesgo pragmático, o utilitarista, que da a su teoría de los límites del entendimiento humano (II.23.12). El interés primordial de Locke al estudiar el entendimiento, frente a la posición cartesiana, no es eminentemente teórico, sino práctico. Lo que motiva su estudio de nuestras facultades y órganos es el deseo de discernir su mayor o

menor adecuación a las conveniencias de la vida, a su mantenimiento y al logro de la felicidad en este mundo y en el otro.

En ese sentido, y pese al planteamiento anti-escéptico de partida, Locke acepta que hay muchas cosas que no podemos conocer, como la naturaleza de la sustancia, o si la correcta explicación del funcionamiento del mundo es la mecanicista, o bien si el pensamiento es material o inmaterial, pero podemos “conocer” lo suficiente para lo que más nos importa. Por designio teológico nuestras facultades bastan para perseguir y obtener el tipo de conocimiento crucial para una vida buena, uno que no va más allá de las apariencias. Por ello tiene sentido que no todo saber deba alcanzar el más alto grado de certeza o incluso que en muchos casos la posición más sana sea una suerte de “agnosticismo”, o de suspensión del juicio.

Locke, escéptico a su pesar

Una forma de entender la conclusión a la que llegamos en la primera sección de nuestro texto ha sido, típicamente, la de atribuirle a Locke una respuesta anti-escéptica de tipo práctico. Frente al carácter paralizante del escepticismo, que se deriva de la suspensión del juicio propugnada mediante los argumentos escépticos clásicos, Locke nos ofrece bases racionales para creer en el mundo externo, fundadas en el hecho de que es enormemente probable que exista. Con ello se aceptaría que carecemos de cierto conocimiento teórico, pero se deniega cualquier efectividad práctica de la duda escéptica en el alma racional (Rickless, 2008, p. 103).

Sin embargo, hay algunas señales que apuntan en contra de esta conclusión. Por una parte están las dificultades que incluso los autores actuales encuentran a la hora de dar respuesta al reto escéptico teórico sobre la existencia del mundo externo desde la posición lockeana. Por otra, una mirada más detenida a la forma de concebir el escepticismo en la época clásica puede arrojar un resultado un tanto diferente.

De hecho, existen indicios relevantes del posible influjo de ese escepticismo en la obra de Locke, pese a su posición anti-escéptica global. Así, en un conocido, pero poco atendido, pasaje de los *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*, Leibniz es explícito al

respecto cuando dice de Locke: “Dicho autor coincide bastante con el sistema de Gassendi, que en el fondo es el de Demócrito; defiende el vacío y los átomos; cree que la materia puede pensar; que no hay ideas innatas; que nuestro espíritu es una *tabula rasa* y que no pensamos constantemente: parece dispuesto a aprobar la mayor parte de las objeciones que Gassendi hizo a Descartes” (1992, p. 65).

Esto es, que de acuerdo con Leibniz, el Gassendi defensor del epicureísmo pero, sobre todo, el adversario del dogmatismo racionalista cartesiano y sustentador de un escepticismo entre académico y pirrónico (en sus tempranas *Exercitationes*), pudo haber influido en el pensamiento lockeano. Pero tal influencia no era tan sólo reconocida por el pensador germano, también otros contemporáneos suyos, como Henry Lee o Thomas Reid, trazaron dicho vínculo (Lennon, 1993, p. 150).

Claro que es innegable que en la obra de Locke las referencias a Gassendi son muy escasas, de hecho en los textos publicados sólo lo menciona una vez, y de manera secundaria, en su intercambio con el obispo Stillingfleet. Esto, sin embargo, no sería decisivo, dado que en la época era práctica general no hacer referencia a los contemporáneos e inmediatos antecesores.

Pero, por otra parte, de Locke se conservan innumerables manuscritos con información sobre sus lecturas y a propósito de los libros que fue adquiriendo en el curso de su vida. Hay miles de citas en sus cuadernos y si una obra, o un autor, es escasamente mencionado en ellos, resulta difícil aseverar que el pensador inglés lo leyó o que le influyó de manera relevante. Ese sería el caso de Gassendi, pese al consenso general por parte de los coetáneos de Locke y, especialmente, de los estudiosos contemporáneos, para los que la deuda lockeana con el pensador francés es muy relevante.

En efecto, nada parece indicar un gran interés por Gassendi si atendemos a la biblioteca de Locke, en la que sólo figura un libro de éste, la *Vida de Peiresc* (un sabio del siglo XVII), así como sus objeciones a las *Meditaciones metafísicas* de Descartes, contenidas en la *Opera philosophica* de este último. Ciertamente, poseía un mayor número de obras de un discípulo de Gassendi, Bernier, pero lo que habría despertado el interés de Locke en este caso habrían sido sus relatos

de viajes, antes que sus resúmenes y textos de divulgación del pensamiento del maestro.

En cuanto a sus citas y comentarios de lecturas en manuscritos, tampoco reflejan más que un interés restringido en el pensamiento del Gassendi recuperador de la moralidad epicúrea y autor escéptico de las *Exercitationes*. Tan sólo la mencionada *Vida de Peiresc* y la obra *Syntagma philosophicum* (publicada en la edición de la *Opera omnia* del pensador francés de 1658) aparecen explícitamente citadas entre las notas de Locke, así como algunos comentarios que ponen de manifiesto la lectura de las objeciones de Gassendi a las *Meditationes* cartesianas (Milton, 2000, p. 90).

Sin embargo, esto no indica necesariamente el rechazo a cualquier posibilidad de que Locke tuviera contacto con el pensamiento escéptico de Gassendi. Después de todo, durante su temprano trabajo científico en Oxford mantuvo una estrecha relación con Boyle, gracias al cual conocería al obispo Wilkins y a Glanvill, quedando bajo la influencia de las corrientes de pensamiento dominantes en los inicios de la *Royal Society*.

De hecho, un escepticismo mitigado formaba parte de la metodología científica desarrollada en el seno de ese círculo de intelectuales. Así, en libros a los que Locke tuvo acceso, como el de Boyle, *El alquimista escéptico* (1659), o el de Glanvill, *Scepsis científica* (1665), el término escéptico era usado de manera positiva (Rogers, 2003, p. 42). Y si bien es cierto que tanto en Boyle, como en Glanvill, el escepticismo era tan sólo una actitud inicial, no lo es menos que entendían el conocimiento en términos de hipótesis probables y no de certezas. Se enfrentaban así a la concepción cartesiana de la ciencia y apostaban por una lectura más cercana a la Gassendi que, en el caso de Boyle puede aseverarse, conocían y leían con verdadero interés.

De hecho, es bien sabido que Locke empezó a considerar muy pronto, gracias a su amistad con Boyle, la física corpuscular mecanicista y el análisis de las facultades del conocimiento propuestas por Gassendi como altamente probables. Y también es razonable avanzar con Leibniz la hipótesis de que las objeciones de Gassendi al Descartes de las *Meditaciones*, influyeron en la oposición del propio Locke a ideas cartesianas clave, como la del innatismo, o la del conocimiento racional de la sustancia. Pero es especialmente el rechazo a la intolerancia

del entusiasmo cartesiano, impositor de un racionalismo determinado como el único posible, y la defensa en su lugar de la libertad de pensamiento por parte de Gassendi, lo que pudo haber tenido una influencia más perdurable en la obra del pensador inglés.

En efecto, esta tesis figuraba ya en su obra temprana, la de las *Exercitationes*, donde se lleva a cabo un ejercicio de integridad intelectual, mostrando como enseñar filosofía sin comprometerse con ninguna doctrina ni autoridad, al modo de los escépticos académicos antiguos. Y llega hasta su última obra, *Syntagma*, donde afirma mantener una vía intermedia entre el dogmatismo y el escepticismo. Así, siguiendo el estilo neo-académico de Cicerón, asevera aquí que espera de la investigación natural no la obtención de la verdad, sino la hipótesis más probable (Maia Neto, 2014, p. 45, 47).

Gassendi se opuso a lo largo de sus obras a cualquier forma de autoridad en la investigación, incluso cuando ya estaba persuadido de que la de Epicuro era la mejor de las filosofías antiguas. Tomando el tópico de la oscuridad de las cosas (Cicerón, 1980, I.44), el escepticismo académico llegaba al punto de reconocer la incapacidad de las facultades humanas para alcanzar lo verdadero. Por ello, dado que la verdad está fuera de nuestras posibilidades propugnaban el contentarnos con lo verosímil o lo probable. Y ese punto de vista falibilista es el que predomina en la concepción de la filosofía natural de Gassendi y que hereda Locke en su formulación de los límites del entendimiento humano⁶.

Y abundando en este mismo punto, puede señalarse cómo en el libro II de las *Exercitationes*, publicado póstumamente, Gassendi abordó los diez tropos o formas argumentativas más importantes de los *Esbozos pirrónicos* de Sexto Empírico, comentando que estos proponían la suspensión del juicio acerca de la naturaleza real de las cosas mediante la contraposición de las apariencias. Sin embargo, lo que más destaca en ellos el autor francés es el hecho de que Sexto valora especialmente la diversidad de las apariencias en lugar de descalificarlas como falsas⁷.

En suma, a lo largo de su obra Gassendi cuestionó los puntos de vista dogmáticos sobre la ciencia, retomando las perspectivas pirrónicas y académicas. Las posiciones de estas corrientes escépticas serían compatibles con una concepción empírica de la ciencia, basada en

los fenómenos, lo que le permitiría a Gassendi rehabilitar y adaptar el corpuscularismo a su época, entendido como una hipótesis más probable que las explicaciones escolásticas tardías, al tiempo que deslegitimaba las pretensiones dogmáticas que (como en el caso de Descartes) postulan un conocimiento de la verdadera naturaleza del mundo externo.

Pero, en contraste con esto, es innegable que Locke aseveraba tener conocimiento de muchas más cosas de las que un escéptico, académico o pirrónico, seguidor de Gassendi o de Montaigne, podría aceptar de manera coherente. Para el autor del *Ensayo* podemos conocer todo un conjunto de cosas intuitivamente, como el hecho de que existimos, o demostrativamente, como la mismísima existencia de Dios. Más aún, el pensador inglés afirma tener conocimiento sensitivo, esto es, que al menos “sabe” que los objetos particulares que estamos experimentando ahora existen, pese a todas las limitaciones mencionadas anteriormente.

Y todavía más, es claro que Locke se posiciona desde el principio como un anti-escéptico y su *Ensayo* se propone como un ejercicio de refutación. Pero no lo es menos que su aproximación al escepticismo es oscilante y parece sufrir de una cierta tensión interna. Así, tan pronto sugiere que las actitudes escépticas no pueden ser refutadas, incluso aunque tengamos buenas razones para creer que son erradas, como propone que el escepticismo genuino no es psicológicamente viable para los seres humanos, o que el mismo es incoherente⁸.

De hecho, lo que asevera conocer no es óbice para que comparta la despreocupación escéptica por el resultado al que parecen conducir sus investigaciones, a saber, que en grandes áreas no podamos esperar alcanzar certeza (esto es, conocimiento). Ni tampoco le atormenta que nuestro conocimiento del mundo sea muy reducido comparado con lo que ordinariamente creemos que existe.

Para el pensador inglés sólo tenemos acceso a la superficie de las cosas, sus apariencias. La verdad acerca de los trabajos internos de la naturaleza está más allá de nuestras capacidades de descubrimiento, y aunque existan algunas hipótesis más probables que otras, Locke se declara agnóstico en tales asuntos. Podríamos decir, con Newman⁹, que para Locke una cosa es percibir una idea de sensación de acuerdo con una idea de causa externa, y otra con una idea de

causa corporal externa. Nuestras mejores hipótesis nos darían cierta probabilidad de que tales causas tengan naturaleza corpórea, no conocimiento al respecto.

Así, para Locke el conocimiento sensitivo es necesariamente limitado, no pretendiendo que se extienda a tesis que lo comprometan con una aseveración de naturaleza corporal ni, especialmente, con alguna doctrina mecanicista¹⁰. Sin embargo, es patente que el pensador inglés aceptó la validez de las hipótesis mecanicistas al formular, por ejemplo, la bien conocida distinción entre cualidades primarias y secundarias (II.8.9-26), aunque sólo sea con valor de probabilidad.

Al hilo de esto, cabe decir que Locke distingue en los *Ensayos*, por lo que respecta al mundo externo, tres capas o estratos. En primer lugar, la más superficial e inmediatamente accesible para nuestro conocimiento sensitivo es la de las cualidades secundarias, como colores, olores, sabores. Estas cualidades serían para Locke ideas relativas, relacionadas con nosotros y únicamente existentes por nuestra especial configuración cognitiva.

En segundo lugar vienen las cualidades primarias, las únicas de las que podemos tener ideas sensitivas de carácter positivo, como la extensión o la figura, de tipo macroscópico. Y las de tipo microscópico, responsables de nuestras ideas de cualidades secundarias y que podríamos llegar a captar si nuestros sentidos se ampliasen artificialmente.

Por último, estarían los desconocidos poderes que modifican las cualidades primarias, cuya base es la “interna constitución o desconocida esencia” de la sustancia (II.23.3). Aquí nos enfrentamos a una limitación epistémica ya no contingente, como en el caso de las cualidades primarias microscópicas, sino lógicamente necesaria. Las esencias reales de los cuerpos nos están vedadas, pudiendo tan sólo proponer hipótesis al respecto de sus esencias nominales, siempre revisables y tan sólo probables. O lo que es lo mismo, tener “conocimiento” sensitivo no excluye la posibilidad de que la causa de nuestras ideas de sensación, o de nuestras apariencias por decirlo al modo escéptico clásico, sea radicalmente distinta del modo en que las experimentamos. El conocimiento trans-empírico sería inalcanzable en este caso y esto de una manera irremediable para el ser humano.

Dicho todo esto, si esta caracterización es correcta, entonces Locke coincide en más de un punto con el escepticismo clásico, tal y como Gassendi lo propugnara, con su valoración de las apariencias y el fallibilismo de sus propuestas. Más allá de la concreta influencia del pensador francés en Locke, éste habría terminado siendo escéptico al menos en cierto grado pese a su punto de partida, opuesto a dicha posición.

Conclusión

Locke se interesó por el problema del mundo externo y trató de encontrarle solución en el curso de su *Ensayo sobre el conocimiento humano*. Su respuesta, como se desprende de los mejores intentos de análisis contemporáneos, no estuvo exenta de dificultades y problemas, pero en ella se esboza una clara posición anti-escéptica. Se trata en el caso de Locke de aseverar conocimiento y ofrecer una suerte de alternativa a planteamientos que concedían tanto al escéptico que acababan atrapados en sus redes, como en el caso de Descartes y sus problemas con la circularidad viciosa de uno de sus argumentos más relevantes (bien conocidos en la época desde la objeción de Arnauld a las *Meditaciones metafísicas* cartesianas).

En ese sentido, puede decirse que el pensador inglés no asume acríticamente la creencia de sentido común en la existencia del mundo, sino que antes bien valora los problemas a los que conduce la propuesta cartesiana, entre otras, y plantea una solución anti-escéptica conscientemente distinta, y tan seria como la de Descartes.

Dicho esto, la revisión de alguna de las ideas y propuestas de Gassendi, una de las posibles influencias de Locke, abre la vía para una conclusión un tanto distinta de aquella que en primera instancia podría esperarse de este punto de partida. Aun cuando en la actualidad tal influjo se ha visto al menos matizado, parece difícil negar la existencia de paralelismos doctrinales entre ambos pensadores y, para lo que concita nuestro interés en este texto, de actitudes semejantes en relación con el escepticismo clásico, tan vigente en su época.

En realidad, la pretendida salida práctica del escepticismo teórico por lo que respecta al problema del mundo externo, que esgrimen los diversos intérpretes de la primera parte de nuestro artículo, pue-

de ser entendida como una posición pirrónica o académica. Una vez que se pone en suspenso el juicio por lo que respecta al conocimiento trans-empírico, y tras aseverar la probabilidad o verosimilitud de determinadas hipótesis, puede aceptarse el modo de vida escéptico, siguiendo las apariencias para aquello que más necesario resulta en la práctica, llevar una vida agradable y serena.

Locke no sería, sin duda, escéptico por lo que respecta a determinados saberes de tipo teórico (como la percepción intuitiva de un acuerdo entre ideas, por ejemplo). Ni tampoco seguiría el modelo del escepticismo paralizante del Descartes de las primeras meditaciones, que después de todo éste lleva a la hipérbole, más allá de lo que ningún escéptico lo había hecho antes, para tratar de refutarlo. Pero si atendemos a los parámetros clásicos, pese a todo lo dicho en sentido contrario, Locke sería escéptico, uno de tipo especial, sin duda, dado que resultaría serlo a despecho de los objetivos declarados de su *Ensayo* y, por lo tanto, a pesar suyo, pero escéptico mitigado al fin y al cabo.

Notas

1 Siguiendo una suerte de modo de vida escéptico como el que propone Sexto Empírico: “Atendiendo, pues, a los fenómenos, vivimos sin dogmatismos, en la observancia de las exigencias vitales, ya que no podemos estar completamente inactivos” (Sexto Empírico, 1993, I.11.23).

2 Véanse las declaraciones explícitas de I.1.5 y I.1.6. Vale la pena señalar que citaremos el *Ensayo sobre el conocimiento humano*, como suele ser habitual, por número de libro, capítulo y epígrafe teniendo en cuenta tanto la traducción española de O’Gorman (Locke, 1956) como la edición canónica en inglés de Nidditch (Locke, 1975).

3 El contraste entre el realismo directo, o ingenuo, y el indirecto, o representacional, resulta un tanto resbaladizo. Pero, para efectos de la argumentación, diremos que mientras que en el realismo propio del sentido común el perceptor entra directamente en contacto con el objeto físico a través de sus órganos sensoriales, en el caso del realismo indirecto el perceptor capta éste sólo en virtud de su percepción de un intermediario.

4 Bennett, 1971, p. 69; Woozley, 1964, p. 26. De acuerdo con esta doctrina nuestra percepción actúa como una suerte de velo que nos impide acceder a la realidad. Entre el polo interno, del sujeto con sus ideas, y el externo, del mundo objeto de conocimiento, habría una separación, una dicotomía imposible de rebasar, con lo que la percepción en lugar de informarnos acerca del mundo externo nos separaría de él.

5 Véase IV.11.1 dónde Locke insiste en la diferencia entre tener una idea en la mente, fruto del recuerdo o de un sueño, y haberla recibido mediante la sensación.

6 “(Como se quejó M. Tulio en su tiempo) cualquiera que sea la doctrina a la que el azar, como una tormenta, los ha lanzado, se adhieren a ella como a una roca. Y prefieren defender hasta el extremo la opinión de sus antecesores, adoptada de una vez y para siempre, antes que buscar aquello que puede sostenerse con mayor seguridad” (Gassendi, 1959, I, II, 4, 53-55).

7 Véase la objeción de Gassendi a la primera meditación de Descartes, y en concreto al hecho de que éste tome como falso lo meramente probable (AT, VII, 23-24).

8 Véase I.2.6-7, IV.11.10 y IV.11.3 para captar algunas de las diversas maneras en que Locke concibe el escepticismo.

9 Véase IV.2.14, IV.4.4 y IV.9, además de los comentarios de Newman, 2007, p. 333.

10 Véase IV.2.14; IV.4.1-4 y IV.11. Sobre la idea de que el mecanicismo es tan sólo la hipótesis más probable IV.3.16.

Referencias

- Bennett, J. (1971). *Locke, Berkeley, Hume: Central Themes*. Oxford: Oxford University Press
- Cicerón, M.T. (1980). *Cuestiones académicas* (J. Pimentel, trad.). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Descartes, R. (1996). *Œuvres*, 12 vols. Publiées par Ch. Adam et P. Tannery. Paris: J. Vrin.
- Gassendi, P. (1959). *Exercitationes paradoxicae adversus aristoteleos*. Paris: J. Vrin.
- Leibniz, G. W. (1992). *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano* (J. Echeverría, trad.). Madrid: Alianza.

- Lennon, Th. (1993). *The Battle of the Gods and Giants. The Legacies of Descartes and Gassendi, 1655-1715*. Princeton, N. J.: Princeton University Press.
- Locke, J. (1975). *An Essay Concerning Human Understanding* (ed. Peter Nidditch). Oxford: Oxford University Press
- Locke, J. (1956). *Ensayo sobre el entendimiento humano* (E. O'Gorman, trad.). México: Fondo de Cultura Económica.
- LoLordo, A. (2008). Locke's Problem concerning Perceptual error. *Philosophy and Phenomenological Research* (77), 705-724.
- Maia Neto, J. R. (2014). *Academic Skepticism in Seventeenth-Century French Philosophy. The Charronian Legacy 1601-1662*. Heidelberg: Springer.
- Milton, J. R. (2000). Locke and Gassendi: A Reappraisal. En M. A. Stewart (ed.), *English Philosophy in the Age of Locke*. Oxford: Oxford University Press, 87-109.
- Nagel, J. (2016). Sensitive Knowledge. Locke on Skepticism and Sensation. En M. A. Stuart (ed.), *A Companion to Locke*. Oxford: Wiley-Blackwell, 313-333.
- Newman, L. (2007). Locke on Knowledge. En L. Newman (ed.), *The Cambridge Companion to Locke's Essay Concerning Human Understanding*. Cambridge: Cambridge University Press, 313-351.
- Newman, L. (2004). Locke on Sensitive Knowledge and the Veil of Perception. Four Misconceptions. *Pacific Philosophical Quarterly* (85), 273-300.
- Rickless, S. C. (2008). Is Locke's Theory of Knowledge Inconsistent? *Philosophy and Phenomenological Research* (71), 83-104.
- Rogers, G. A. J. (2003). John Locke and the Skeptics. En G. Paganini (ed.), *The Return of Skepticism: From Hobbes and Descartes to Bayle*. Heidelberg: Springer, 37-53.
- Sexto Empírico (1993). *Esbozos pirrónicos*. Madrid: Gredos.
- Wolterstorff, N. (1996). *John Locke and the Ethics of Belief*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Woozley, A. D. (1964). Introduction. En J. Locke, *An Essay Concerning Human Understanding*. A. D. Woozley (ed.). London: Collins, 9-51.